

PEDRO BOSCH GIMPERA

LA CULTURA Y EL BUEN ENTENDIMIENTO ENTRE LAS NACIONES

El mundo islámico, desde principios del siglo VIII incorporó a su órbita la Península Ibérica. El decadente reino visigodo cayó al primer impulso. La lucha de las facciones había pedido la intervención de la nueva fuerza que ya dominaba el otro lado del estrecho, esperando que se limitaría a ayudar al partido witiziano contra el nuevo rey Rodrigo. España era demasiado atractiva y rica; Muza decidió quedarse y organizó el dominio como lejana provincia del Califato de Damasco, la cual podía servir de base para ulteriores conquistas en Occidente, que pronto fueron intentadas. Por un momento, con el ataque casi simultáneo del emir de España, Abderrahman el Gafequí, a Francia y del Califato a Bizancio pareció que Europa iba también a ser del Islam. No ocurrió así: León el Isáurico rechazó el ataque oriental y Carlos Martel galvanizó la fuerza del reino franco, que parecía moribundo en Poitiers en 732, y las fuerzas del emir tuvieron que retirarse. Sólo quedó en poder del Islamismo buena parte del sur de Francia y España, excepto las regiones montañosas del Norte, casi inaccesibles siempre y apenas penetradas antes por romanos y visigodos: en Asturias se habían refugiado los restos del ejército de Rodrigo, y allí Pelayo —sometido en un principio y sublevado des-

pués— logró la victoria de Covadonga sobre las tropas que iban a sofocar su rebelión. Pero aquellos núcleos de cristianos insumisos eran todavía poco importantes para amenazar seriamente la España dominada. Esta, desaparecido el ejército y el mecanismo estatal visigodo —que no era sino otro dominio extranjero superpuesto al país— en realidad se había sometido de buen grado al Islam. ¿Qué le importaba que el dueño fuera otro? En muchos aspectos se hallaba contento con él. Bajo su dominio militar, y pagando el tributo, eran respetadas las creencias y el culto de los no conversos, que hasta tenían su propia administración autónoma; los judíos, perseguidos por los reyes visigodos, volvían a prosperar y hasta lograban una gran influencia, y muchos indígenas —hispano-romanos o visigodos convertidos al Islamismo— tenían el gobierno de ciudades importantes. Por otra parte, el elemento forastero inmigrado, excepto algunos jefes árabes, era sobre todo el africano bereber, de naturaleza no muy distinta a gran parte de la población española.

España se iba convirtiendo en un territorio extremo del Islamismo y nada hacía prever que su papel dentro de él pudiese ser más destacado que el de una provincia cualquiera fronteriza con el mundo cristiano, como tampoco que los oscuros núcleos cristianos insumisos del extremo Norte pudiesen constituir un peligro serio. El cambio trascendental se produjo como resultado de las luchas civiles que en Oriente dieron lugar a la extinción de la dinastía Omeya y a su sustitución por los Abbásidas. El único príncipe que escapó a la matanza fue Abderrahman que, al refugiarse en Africa y desde allí apoderarse de la lejana provincia española, convirtió a ésta en la sede de un Estado, rival del propio Califato oriental, e inició la ascensión cultural que había de dejar profundo rastro en España y en Europa (1). Para combatir a Abderrahman, los Abbásidas enviaron emisarios que suscitaron rebeldías en España y entablaron relaciones con el reino franco fortalecido por la nueva dinastía carolingia. Los hispanos semi-islamizados del Ebro y de Cataluña se levantan, en connivencia con los emisarios abbásidas, y llaman a Carlomagno, que fracasa en su expedición de 778, fracaso que dio lugar a la epopeya francesa “La Chanson de Rolland”. Abderrahman logra restablecer su autoridad y consolidar su independencia, comenzando el esplendor de Córdoba, que atraerá, poco a poco, a lo mejor del mundo islámico, así como los principios de la casa de Abderrahman consolidaron su obra, no sin obstáculos.

(1) Sobre Abderrahman ver el reciente estudio de Th. Irving: Halcón de España (Universidad de S. Carlos, Guatemala, números VI, VII, VIII, 1947).

El siglo IX es todavía un paréntesis, habiendo logrado los francos arraigar una cabeza de puente en el N. E. con la Marca Hispánica —la futura Cataluña— y habiendo cobrado nuevo impulso los cristianos independientes del extremo asturiano, así como, en lucha con los sucesores más débiles de Abderrahman, se organizan Castilla y Navarra y rebeliones interiores en el emirato de Córdoba —especialmente la del hispano converso Omar-ben-Hafsun— están a punto de destruir la obra del gran Omeya. A la vez, los ataques normandos a las costas españolas eran un nuevo factor de perturbación.

En el siglo X, el tercer Abderrhman logra restablecer la disciplina, tener a raya a los enemigos cristianos y elevar el emirato a Califato. Bajo sus sucesores llegan al zenit la cultura musulmana de España, se perfecciona la maravilla de la gran Mezquita de Córdoba, la ciudad de las innumerables bibliotecas —que florecen también en todas las ciudades del Andalus— y comienza el desarrollo original de la filosofía, iniciado por el gran ministro de aquél, Hasdai-ben-Shaprut, con el que comienza también una gran cultura judía española a la sombra de la tolerancia musulmana.

El Islam, una vez extendido por los pueblos del antiguo Oriente, se había convertido en el heredero de sus viejas civilizaciones; pero, a la vez, en Siria y en Egipto había recogido la tradición de la cultura griega. La filosofía neoplatónica y aristotélica era cultivada y las obras de los grandes autores traducidas al árabe, así como la matemática, la astronomía y la medicina antiguas, de Grecia y del Oriente, hasta de la India, recibían nuevo desarrollo. Musulmanes y judíos las llevaron a España.

Córdoba, que ha logrado el vasallaje de los reinos del Norte español y que domina en Marruecos, es en el siglo X el centro de uno de los grandes imperios en torno a los cuales parece que habrá de organizarse el mundo —además del Califato oriental, que se ha resignado a la existencia de su rival, Bizancio y el Imperio germánico de los Otones y todos se hallan en estrecha relación política y cultural y, en Europa, el prestigio de Córdoba —la gran metrópoli del Occidente, en realidad la única— hace irradiar influencias hasta muy lejos. El propio Papa romano recibe embajadores cordobeses, como el emperador germánico los envía a España. Los califas se interesan en la historia de los pueblos cristianos, y un obispo de Gerona, Gothmar, en el tributario condado de Barcelona, la antigua Marca Hispánica, ahora girando en la órbita de Córdoba, escribe una historia de los francos por encargo de Alhaquen II. Un monje cluniacense, Gerberto, luego Papa Silvestre II, matemático eminente, va a estudiar la ciencia de los

musulmanes al monasterio catalán de Ripoll e inicia la influencia musulmana en Europa, que habrá de transformar la cultura medieval hasta entonces retrasada. Se inicia con Aben Masarra el cultivo de la filosofía en la España musulmana. La poesía florece con nombres ilustres, y a la vez que las viejas cassidas, se cultivan otros géneros, en cuyo desarrollo participan no sólo musulmanes de prosapia árabe, sino descendientes de familias españolas musulmanizadas, como Ben Hazun de Córdoba, ministro de Abderrahman III, uno de los poetas *islámicos* más delicados —como será el caso luego de Ben Zaydun, en el siglo XI— matizándose la poesía islámica con sentimientos hispánicos en una afortunada síntesis. El florecimiento cultural es paralelo a una riqueza sin igual en la agricultura, en la industria, en el comercio y en la navegación; los métodos de cultivo y de irrigación del suelo introducidos por los musulmanes perdurarán largos siglos en España y, desaparecido su dominio político, todavía las artes y las industrias “moriscas” persistirán y seguirán influyendo en el desarrollo ulterior del arte español, incluso en la lejana América colonial.

El siglo XI ve la descomposición del Califato. La dictadura de Almanzor, el ministro del incapaz Hixem III, a la vez que había levantado a los reinos cristianos, que se habían salido de su antigua situación de vasallos, y a los que había combatido duramente y vencido sin lograr aniquilar su fuerza, al tratar de perpetuar una dinastía de ministros universales, dio lugar a la guerra civil entre los musulmanes. Después de la anarquía, el Califato se dividió en los “reinos de taifas”, no sólo producto de dicha anarquía militar, sino, en buena parte, resultado de la fusión de los conquistadores con los pueblos indígenas que resurgían. La situación se había invertido, y entonces los estados del Norte: León, y Castilla, Navarra, Cataluña, pronto Aragón, se convierten en la fuerza hegemónica y someten a tributo a los reinos musulmanes que, sin embargo, tienen todavía una etapa de esplendor y de apogeo cultural: es la época del rey-poeta de Sevilla, Almotámid. Por algún tiempo parece tenderse al equilibrio y a la conveniencia de musulmanes y cristianos bajo la hegemonía política del Norte.

No hay odio de razas ni siquiera incompatibilidad religiosa, hasta entonces las guerras no habían tenido el carácter de “cruzadas”, y eran promovidas sólo por el deseo de libertarse de la sumisión y por el anhelo de expansión, “reconquista” de lo ocupado por los que las gentes del Norte, que habían fortificado su personalidad nacional y recordaban la tradición indígena y romana, consideraban como intrusos a los invasores, no habiendo tenido ocasión de fundirse con éstos como los elementos españoles del Sur. Incluso cuando se produce la gran

expansión de Castilla-León con la toma de Toledo por Alfonso VI, en 1085, la incompatibilidad racial y religiosa no existe y aquel monarca es llamado el “emperador de las tres religiones”. Pero su política inhábil levanta contra él a Almotámid, que pide el auxilio de los almorávides marroquíes, los cuales, no sólo ponen en peligro la existencia de los reinos cristianos y ocupan grandes territorios peninsulares, sino que se vuelven contra sus propios hermanos de religión españoles, que su islamismo estricto africano considera como contaminados por costumbres paganas poco conformes a su ley, y Almotámid es despojado de su reino y muere en cautiverio en Marruecos. La política sectaria de los emperadores almorávides, como la de los almohades que les sucedieron en los dominios marroquíes españoles, hace huir de las capitales andaluzas a musulmanes y judíos, que encuentran refugio en las cortes cristianas de Barcelona y de Toledo. A la vez que el peligro almoravid en Occidente, el de los seldjúcidas en Oriente, introducidos en el Califato de Oriente en descomposición y que amenaza a Bizancio, despierta la resistencia general europea y da lugar al movimiento de las Cruzadas, Guerra religiosa ya. En Oriente, a la lucha sucede un contacto entre los antiguos enemigos y la civilización musulmana —en muchos aspectos más refinada que la europea— influye en ésta profundamente, a pesar de que los cruzados sólo conocieron la periferia del mundo oriental. Pero España —en donde la mezcla y relación había sido ya intensa, y continúa siéndolo a pesar de que la lucha es ya también una lucha religiosa sobre todo después de la introducción del espíritu cluniacense que a la vez que reforma la disciplina religiosa y purifica la Iglesia representa la idea de la Cruzada en Occidente— será el terreno donde la semilla de la cultura musulmana fructificará mejor, y desde allí irradiará a toda Europa.

El poderío de los reinos islámicos decae ciertamente en el siglo XII, y la Reconquista avanza sin cesar hasta que, en el siglo XIII, después de San Fernando y de Jaime el Conquistador parece a punto de terminarse, pues sólo quedaba el rincón granadino y aun éste fue vasallo de Fernando III, con lo que de derecho podía considerarse acabada la empresa reconquistadora. Las luchas interiores de Castilla la prolongaron hasta los Reyes Católicos, e hicieron levantar cabeza de nuevo a los musulmanes que, a menudo intervinieron en dichas luchas ayudando a las facciones en pugna aunque en diferentes ocasiones el reino de Granada volvió a ser vasallo de Castilla y sus reyes asistieron a las Cortes como magnates llamados a ellas como los propios súbditos castellanos. En estos últimos tiempos de la Reconquista vuelve a desaparecer el carácter de guerra religiosa en la lucha entre las dos razas:

por una parte Granada y Castilla aparecen algunas veces solidarizadas contra invasiones musulmanas africanas como cuando el rey Benal Amar de Granada ayudó a Alfonso el Sabio a oponerse a las incursiones de los Beni Merines de Marruecos; por otra los mismos bandos castellanos buscaron el apoyo musulmán y el propio Alfonso X pignoró su corona al sultán marínita Abu Yasuf, mientras el hijo de aquél —después Sancho IV— se alía con el rey granadino y gracias a ello y a haberse sometido a Abu Yusuf evita la ruina, con lo que el sultán marroquí es por algún tiempo árbitro de la política castellana (1).

En estos tiempos en que poco a poco va afirmándose el predominio cristiano, la cultura islámica española perdura y llega su filosofía a sus más altas cumbres, en el siglo XI con Algacil y Avicena y en el XII con Avempace, Abentofail y Averroes, así como se realiza el desarrollo paralelo de la gran cultura hebrea con Ben Gabirol y Maimónides.

Ya Europa había comenzado, desde los últimos tiempos del Califato, a recibir elementos de cultura musulmana a través de España, a partir de Gerberto con su ciencia matemática y astronómica, su cartografía —que continuarán en España los judíos y cuyos mapas Colón utilizará para el descubrimiento de América. Los mozárabes —o sea los cristianos de los territorios musulmanes, introdujeron en la España cristiana técnicas de construcción y de decoración tomadas de los árabes y, desde fines del siglo X, comenzó una influencia en el arte europeo occidental, que difundió motivos árabes en las miniaturas, en las tapicerías, en la decoración plástica, influyendo esta última considerablemente en la primera escultura románica. La lírica de los trovadores provenzales adoptó la forma métrica árabe del zéjel, que había de tener una larga historia en la literatura europea y cuyas repercusiones llegan al Siglo de Oro de la literatura española, hallándose, además, en el contenido de la poesía caballeresca de Occidente fuertes influencias musulmanas. La música árabe influye también en Europa,

(1) No es este artículo sino un ensayo en el que huelgan citas eruditas o menciones bibliográficas. Pero creemos conveniente mencionar unas cuantas obras modernas que ofrecen puntos de vista nuevos o exposiciones interesantes del mundo islámico español como C. Sánchez Albornoz: *La España musulmana I-II* (Buenos Aires, El Ateneo, 1946); C. Sánchez Albornoz: *España y el Islam* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1943); E. Levi-Provençal "Histoire de l'Espagne musulmane", vol. I (París, 1944: *Etudes historiques publiées par l'Institut Français d'Archéologie Orientale du Caire, en Paris Librairie d'Amérique et d'Orient, A. Maisonneuve*); P. Bosch-Gimpera: *El poblamiento y la formación de los pueblos de España* (México, Universidad Nacional, 1945).

como luégo en la judaica, que dejará fuertes sedimentos en la popular andaluza a través de los cripto-hebreos, así como persistirá entre los sefarditas hasta nuestros días.

Los refugiados en Barcelona de las persecuciones almorávides, protegidos por el conde Ramón Berenguer III, formaron un núcleo en contacto con cristianos llegados de Italia. Platón de Tívoli, Simón de Génova y un canónigo de Padua, que realizaron una primera difusión organizando las primeras traducciones del árabe al latín. Así pasaron a Europa obras de Ptolomeo, Hipócrates, Galeno, Abubéker y otros cuyo conocimiento se debe al judío barcelonés Abraham ben Xijja.

Los de Toledo, protegidos por reyes y arzobispos que organizaron la llamada Escuela de Traductores —verdadera universidad internacional— tuvieron todavía una mayor repercusión. Los textos griegos, a través de su versión árabe, eran traducidos al latín y así fue recuperado Aristóteles para el Occidente y dio lugar a la profunda transformación que representó en los siglos XII y XIII la filosofía escolástica. A la vez, los pensadores islámicos y judíos ven estudiadas sus propias doctrinas elaboradas como un desarrollo original. La explicación racional del universo independiente de la Revelación será ya un elemento y un método esenciales del pensamiento universal, que unos y otros desarrollarán fuera de la ortodoxia de sus respectivas tradiciones o que intentarán conciliar sutilmente con su propia revelación. El averroísmo casi dominará por algún tiempo en la Sorbona y, aun combatido, dejará su profunda influencia en la Escolástica cristiana, en Sigerio de Brabante, Duns Escoto, Ockham, Alberto Magno, Santo Tomás, Lulio, Rogerio Bacón, y tantos otros. Incluso en la mística cristiana se hallarán ecos —a través de España— de la mística musulmana: la visión de Dante en su Divina Comedia, recoge especulaciones de Ben-al-Arabi de Murcia, a través de Brunetto Latino y muestra su simpatía por Avicena y Averroes —y hasta por Saladino— colocándolos en el limbo.

Europa ha tenido un primer Iluminismo, una primera “Aufklärung”, gracias al Islamismo y a los pensadores judíos, a través, sobre todo, de España. La semilla no se perderá. Reforzada en el Renacimiento con nuevas y más poderosas infusiones del Helenismo, combinada con la tendencia experimental que también habían cultivado ya árabes y judíos, llegará a los tiempos modernos y su rastro se hallará todavía en Spinoza, en Leibnitz y en el propio Kant. El espíritu crítico y la libertad de conciencia de aquellos orientales del Andaluz,

tan segura y consciente, no pudieron ser destruidos del todo y fecundizaron la civilización europea.

España fue un tiempo uno de los extremos del mundo árabe y uno de los principales vehículos de la penetración de sus valores culturales en Occidente y con él en todos los pueblos partícipes de la cultura occidental, como los de la propia América.

Los grandes filósofos árabes, los grandes poetas, supieron llegar a lo más profundo del humanismo y de la espiritualidad y encontrar allí sus propios valores permanentes y, por ello precisamente, una posibilidad de hablar a la inteligencia y al corazón de todos los hombres, incluso de otras mentalidades y de otras culturas.

Por esta suprema inteligencia quiere trabajar la Unesco y cree que sus nobles ideales habrán de encontrar eco y ayuda entre todos los hombres de buena voluntad.